

Hoy hacen mucho caso, mucho ¡y muchos!

LOMCE

Xavier Besalú (GI)

El poderío de las leyes puede ser medido por sus efectos inmediatos y cambios más visibles, pero las de educación se deben evaluar también por sus impactos más ocultos, sus repercusiones más indirectas y sus consecuencias a medio plazo, sobre todo, a través de los factores que ellas señalan como prioritarios (incluso en los últimos lugares) y de las ideas y actitudes que traslada a las familias y al profesorado. En este sentido, la ley Wert me parece profundamente perversa y perniciosa e intentaré dar algunas razones.

Es una ley que lo fía casi todo a la biología, a los genes, a la herencia. Todos nacemos con determinados “talentos”, dice; y poco podemos hacer desde el sistema educativo ante esta realidad inexorable, más que adaptarnos a estas diferencias y desigualdades naturales y “encauzar” (es la palabra que usa la ley) al alumnado en las sendas más adecuadas a sus muchas o pocas capacidades innatas.

Es una ley preocupada casi exclusivamente, hasta la obsesión, por los resultados de los escolares, medidos por las calificaciones de sus maestros, pero muy especialmente por pruebas estandarizadas y externalizadas (creerá que los profesores son poco de fiar). Toda la retórica de

la excelencia y de la calidad se resume pura y simplemente en los resultados. Para entendernos con un símil deportivo, solo interesan las medallas obtenidas en los Juegos Olímpicos y los Centros de Alto Rendimiento; no el deporte de base, el número de practicantes, la mejora en la salud integral de las personas...

Es una ley que fomenta la competencia entre centros y profesorado y, como en el mercado, da mucha importancia a la imagen de los centros (es muy ilustrativo visitar las páginas web o la publicidad de muchos centros privados y concertados en períodos de matrícula). Estimula la comparación entre las “ofertas” de cada centro y espolea la comparación de resultados mediante los ranking y una mal entendida transparencia.

Es una ley que hace recaer toda la responsabilidad de los resultados en los propios alumnos, en sus capacidades y su esfuerzo personal. La ideología del esfuerzo no es más que una tapadera para ocultar la inhibición de las administraciones públicas en la corrección de las desigualdades socioeconómicas, familiares, territoriales, etc. y una culpabilización de las propias víctimas. Ya se encargarán esas mismas administraciones,

en un alarde de su tan cacareada transparencia, de airear que esos fracasados culpables de su propio fracaso son, curiosamente, los pobres, los marginados, los inmigrantes extranjeros, los gitanos..., con lo que están diciendo también a la población “sana” que, por su bien, evite los centros que escolarizan un porcentaje excesivamente grande de esa población indolente, holgazana y contaminante.

Es una ley que no cree en la educación integral, que clasifica las materias del currículo en tres: las verdaderamente importantes (inglés – por encima de todo –, castellano y matemáticas); las que pueden dar un barniz cultural a la ciudadanía (ciencias naturales y ciencias sociales); y las que no sirven para nada, las “marías” de siempre (educación física, visual y plástica, música, religión o valores sociales y cívicos).

Tampoco cree en la pedagogía, sino en los codos: todo el bagaje pedagógico del siglo XX asociado a la Escuela Nueva y a la educación progresista, Milani incluido, pasa a engrosar el capítulo de las “ocurrencias” inútiles e infantilizadoras, que nada pueden ante la potencia de unas supuestas “evidencias” y “buenas prácticas” incontestables.